

oficial representante de esta porfieron largo tiempo despues que todo estaba ya consumado y cumplido. La razon individual se defendia con la voz de la propia conciencia y con el texto de las Santas Escrituras. Todo para Lutero, todo falible, Papas que se combaten unos á otros, Concilios que se derogan mutuamente, los cánones mal llamados católicos; Padres que se arguyen con sendos argumentos; sentencias que se contradicen; solo queda perenne en esta trasformacion universal, solo queda inmóvil en este universal movimiento, solo vive en medio de la muerte, solo dura en lo transitorio, la palabra de Dios contenida y guardada en las Santas Escrituras. El oficial respondió que no podria demostrar Lutero la tésis del error de los Concilios. Lutero respondió al oficial que podria probarlo en el acto; pero la noche adelantaba y se levantó la sesion. Al concluirse, encontróse fatigadísimo el atleta. Habia hablado dos horas en aleman y despues le habian hecho traducir esta larga arenga al latin. La concentracion del ánimo, el ejercicio de las fuerzas, la electricidad de los nervios, el esfuerzo para encerrar la idea en la palabra, las emociones varias, el ceño con que le escuchaban los católicos y el entusiasmo con que le escuchaban los reformadores, la rareza del aire, la luz y el fuego de las antorchas, el sudor que provocaban á una la agitacion del cuerpo y la agitacion del entendimiento, postráronle en términos de hacerle creer que sonaba en el tiempo la hora de su muerte y que se abria á sus piés la voraz eternidad. Una vez llegado á su alojamiento, encontró rico vaso de plata, en el cual rebosaba su bebida predilecta, la cerveza de Einbeck. Apurólo de un trago, y al sentirse reanimado y fresco, preguntó á quién debia tan rico presente, y como le respondieran que al duque de Brunswick, dijo: «Como el duque ha pensado hoy en mí, que Dios piense algun día en el duque.»

Pasaron dos días despues de esta sesion; y los príncipes, los electores, los grandes oficiales de las órdenes se reunieron al cabo de estos dos días, para oír un mensaje del Emperador. Pocas veces se esperó la palabra de un gran poder con la ansiedad que en aquel supremo instante. A pesar de su juventud, Cárlos se distinguía por un silencio, impuesto á su natural de suyo reservado, en la recelosa educacion de los maestros flamencos; y por consiguiente, nadie sabia de seguro el propósito de sus intenciones y la decision de su ánimo. Como cada hombre necesita que las circunstancias le ofrezcan

ocasion de revelar las propias aptitudes, Cárlos no habia podido aun ejercitar la mas maravillosa de sus facultades, aquella que parecia, por sus soberanos impulsos, una fuerza de la naturaleza, la mas despierta, la mas enérgica en su espíritu, la voluntad. ¿Quién sabia, si como Segismundo en Constanza iba de nuevo á constituir la sacra Dieta germánica en una sacristía de Roma; ó si por la tradicion de los Suabias y demás Emperadores gibelinos amaestrado, iba, resucitando sus tradiciones, á recoger la palabra del monje y lanzarla como un rayo homicida á la proterva Roma de los Papas? El Imperio constituia con el Pontificado la doble autoridad de la Edad media; pero Imperio y Pontificado estaban desde luengos tiempos en guerras y competencias perpetuas. Por consecuencia, nadie podia, ni de léjos, adivinar todo cuanto el Emperador pensaba sobre estos graves problemas; ni comprender lo que de su situacion excepcional pedian aquellas extraordinarias circunstancias. Jamás mensaje alguno fué aguardado con tanta impaciencia. Al anunciarlo, todos los diputados se levantaron de su asiento y se descubrieron la cabeza. El esperado documento decia que, por nieto de los Reyes de España, de los archiduques de Austria, de los duques de Borgoña, protectores y defensores de la fe católica, cuya integridad defendieron á una con su espada al par que procuraron prestar á los decretos de la Iglesia la debida obediencia, estaba en el caso de no perder de vista nunca tan altos ejemplos y de conservar lo que recibiera en depósito, al recibir su inmensa y cuantiosísima herencia. Y como hubiese un fraile sido osado á combatir á la vez tanto los dogmas de la Iglesia como al jefe del Catolicismo; defendiendo con tenacidad los errores en que habia caido y negando toda retractacion, juzgaba preciso contrastar el estrago de esos desórdenes, á riesgo de fortuna, dignidad, bienes y vida, á fin de que no se manchase Alemania con el indeleble crimen de un perjurio. Por consiguiente no queria desde aquella hora suprema tornar á oír á Martin Lutero, á quien ordenaba retirarse de su presencia, bajo la fe de la palabra, que le habia dado, sin predicar ni excitar perturbaciones. Profundo silencio siguió á estas terribles palabras. Todos los asistentes comprendieron que, dados los progresos de la Reforma, el mensaje no traia la paz sino la guerra. Sin embargo, al terminarse la sesion é irse cada diputado á su respectivo domicilio, vióse el alojamiento de Lutero asediado de visitas. La salilla donde residia

rebosaba en gentes. Viéronse allí el duque de Brunswick, el Landgrave de Hesse, el conde de Hensienberg, el Elector de Sajonia. Este último, fiel amigo de Lutero, temió mil veces una retractacion; y como no la hizo, dirigióse á todos exclamando: «¡Cuán bien ha estado el doctor, lo mismo en aleman que en latin!»

Pocas veces ha brillado tanto en la historia el poder misterioso de las ideas; y pocas veces ha valido tanto en el mundo la influencia moral del humano verbo. Un Emperador como Cárlos V, se encontraba en los comienzos de su reinado con dificultades y obstáculos de todo punto insuperables; con la rivalidad de Francisco I, con la sorda enemiga de Enrique VIII, con la levantisca condicion de los Estados de Flandes, con la tenaz resistencia de las Córtes de España, con litigios tan poco terminados como el antiguo litigio de Nápoles, con exigencias tan imperiosas como las que tenian regiones recién descubiertas en el espacio, con odios tan seculares como los que reinaban de antiguo entre la raza hispana y la raza árabe, con empresas como la de restaurar el Imperio romano, con graves complicaciones como la de mantener su amistad con el Pontificado; y sin embargo, ninguno de estos trascendentales asuntos, á pesar de su inmensa importancia, embargaba el ánimo y absorbía el pensamiento de tan grande César, como la palabra escapada del débil cuerpo de un hombre, sin trono, sin ejército, sin riqueza; y que se elevaba sobre todos los poderes por haber tomado en porfiadísimo combate la gigantesca estatura de una idea. Tentador para César tan jóven apagar aquel incendio moral, someter aquella voluntad enérgica, herir y cautivar el alma de aquel grandioso tribuno logrando lo que el Papa no lograra y constituyéndose de esta suerte en una especie de autócrata ó de califa, tan árbitro de la Iglesia como del Estado, y tan dueño de la tierra como de la conciencia. No debe, pues, maravillarnos que los obispos, doctores, teólogos, jurisconsultos, movidos todos por mandatos imperiales, agotaran cuantos recursos su inteligencia podia inspirarles para conseguir la sumision de Lutero y elevar de esta suerte á Cárlos V sobre las cimas del mundo católico y poner su corona terrenal sobre las tiaras del Papa romano.

Lutero no cedió ni vaciló siquiera un instante. Su incertidumbre cesa y caen sus dudas. Agarrado al texto de las Escrituras santas, ninguna otra

autoridad tiene poder alguno sobre su conciencia extática. Tal combate íntimo, interior, reservado, tiene tanto mérito como el combate público en la escena esplendorosa del Concilio laico. Las naturalezas artísticas, sobre todo, las naturalezas oratorias, destinadas por la Providencia en sus maravillosos designios al combate ostentoso y público, guerrear con mas facilidad á la luz del día, en concurridos certámenes, entre la aprobacion ó la reprobacion de muchedumbres agitadísimas, cuando el aliento, la mirada, la atencion, el bramido de su auditorio las sostiene, que no en el silencio, en el apartamiento, entre dos ó tres personas aisladas de todo aquello que constituye verdaderamente su poder y su fuerza. Sin duda lo conocieron así aquellos hábiles prelados de la romana corte y llamaron al seno de reducidas comisiones al hombre á quien no pudieron vencer en el seno de ostentosas Asambleas. Vehns, canciller de Baden, comisionado por una junta, en la cual se encontraban el arzobispo de Tréveris, el Elector de Brandeburgo, el duque de Sajonia, el conde de Wertheim y dos doctores, Vehns, decia, dirigió disertado exámen de las doctrinas luteranas al mismo Lutero, tratando de mostrarle todas las contradicciones en que incurria y todos los errores que resucitaba, á fin de concluir esta serie de argumentos con la demanda, tantas veces pedida y jamás acordada, de una retractacion. El orador se vió mas cohibido que en ninguna otra coyuntura, y por lo mismo se aferró con mayor fuerza y mayor empeño á su tesis favorita de las Santas Escrituras. Y para que no pudiese caber la confusion mas mínima en punto de tal trascendencia, comentando unas palabras de San Pablo, dijo que, si los cielos se abrieran y enviaran un ángel con todos los resplandores de la bienaventuranza, trayendo en sus manos un nuevo Evangelio, á ese ángel combatiera y sobre ese ángel lanzara su inapelable anatema.

Al ver tanta resolucion el argumentador callóse; y al advertir este silencio, púsose Lutero de pié para partirse y dejar entregada completamente á sí misma la docta é inútil Asamblea. Entonces las instancias de Vehns se redoblaron, sin conseguir otra cosa que redoblar tambien las negativas incontrastables de Lutero y su ardorosa resistencia. El arzobispo de Tréveris, penetrado por completo de lo estéril de tantos esfuerzos, pero creyendo que por su parte no debía descuidarse ningun medio de conciliacion, llevó al doctor á

una sala próxima, donde se encontraban sabios maestros de teología, exaltados apologistas del Catolicismo. Estos ya entraron valerosamente en lo esencial de la teoría luterana, es decir, en lo relativo al texto é interpretación de las Sagradas Escrituras; y para persuadirle de que no bastaba con la palabra escrita, y habia menester la pureza del dogma de la ortodoxia del comentario tambien, arguyéronle con el ejemplo de Arrio, quien se fundaba, para negar el principio de los principios, la divinidad de Cristo, en el libro de los libros, en el divino Evangelio. Tal argumento no pudo ni convencer la inteligencia ni persuadir la voluntad del monje, cuya constancia se aceraba conforme salia victorioso é íntegro de tantos y tan porfiados combates, de tantas y tan repetidas pruebas. Esta integridad en la doctrina y en el carácter conmovieron con tan profunda conmocion á uno de los teólogos presentes que, lanzándose á los piés del monje, asiéndole ambas manos con efusion, entre lágrimas y sollozos, le conjuró para que se acordase de su Santa Madre la Iglesia, y ya que no pudiese por ideas de la mente servirla, que la sirviera por impulsos del corazon, y le evitara los horrores de un cisma y las calamidades de una guerra. Mas como la inteligencia de Lutero no se rindió á los silogismos; el corazon de Lutero no se rindió á las lágrimas. La fe acababa de forjar en él una segunda naturaleza, dándole mayor energía que en ninguna otra circunstancia de su vida y en ningun otro momento de su historia.

Tanto empeño tenia Cárlos V en vencer á Lutero que prorogó el salvoconducto con ánimo de ver celebrar á sus gentes nuevas conferencias, en que procuraran traerlo á una conciliacion. Los doctores mas sabios y el canciller de Baden pasaron á la estancia de Lutero, y pusieron mayor empeño todavía que el dia anterior en arrancarle una retractacion y en someterle á la autoridad de Cárlos V. Mas Lutero se encerraba en su decision de no separarse un ápice ni un minuto del texto sagrado; y de no confiar en los príncipes de la tierra porque no tienen la salvacion; y de no creer sino en las revelaciones directas y en las palabras expresas del Eterno. A tanta implacable respuesta opusieron un nuevo recurso, el recurso del Concilio; pero hasta contra tan nuevo recurso se sublevó el monje, diciendo que las sentencias de ese Concilio debian estar compuestas con máximas sacadas de los versículos del

Evangelio. Aunque estuviera tan duro en el fondo, cual habia estado en ocasiones anteriores, apareció mas dulce en la forma, y tal dulzura dió ocasion á que se creyera, si no en las retractaciones, en la obediencia silenciosa y en la remision de todo el asunto á la suprema y última instancia del Emperador Cárlos V. Pero, bien pronto sobrevino el desengaño por una salida brusca y una negativa firme y absoluta del reformador. «Si toda mi obra, dijo, pertenece á los hombres, caerá por sí misma; si pertenece á Dios, inútil que os conjureis contra ella.»

El 25 de mayo de 1521 Cárlos V, rodeado de los príncipes de la Iglesia, de los electores del Imperio, de los condes y marqueses del feudalismo, mandó leer un decreto, cuya redaccion confiara, en su deseo de acertar, al Nuncio Aleandro, conocedor de la doctrina del monje agustino. Este decreto decia la última palabra, separando en dos la Europa occidental, reunida antes en una misma Iglesia y animada por una misma fe. El Emperador condena inapelablemente á Lutero; declara crimen de lesa majestad el concederle alojamiento; manda apoderarse de su persona en cuanto se concluya el plazo que le daba su salvoconducto; propone la quema de los libros luteranos; amenaza con severas penas á cuantos impriman nuevos escritos ó reimpriman los antiguos del monje; prohíbe todo ataque al dogma y á la disciplina de la Iglesia. Aunque los electores, por boca del marqués de Brandeburgo, corroboraron el decreto y asintieron á sus afirmaciones; la Alemania del Norte quedaba en aquel dia separada por completo de la Iglesia católica. En la misma puerta de la Dieta, bajo el peso de estos anatemas y la amenaza de estos castigos, vendian los libreros á una los libros luteranos. Toda la autoridad de un Emperador se despuntaba en la creencia de un pueblo; pero si la Iglesia perdía esta gran Alemania de lo pasado, pocas horas despues del rescripto condenatorio, hallándose el Emperador de rodillas en la catedral de Worms, iluminada, no solo por los cirios, sino tambien por la resplandeciente luz que al través de sus rosetones se cernia, un heraldo anunciaba, de viva voz, al son de las campanas y de los clarines, que habia surgido en la inmensidad de los mares, para la monarquía de España y para su monarca, un nuevo Imperio, el Imperio de Méjico, compensacion á la vieja tierra perdida por la Iglesia, y consuelo, por lo menos, lenitivo á sus dolores acerbos.